

EL ARTE ROMANO DE LA GUERRA

Por MANUEL BRICEÑO JAUREGUI, S.J.

No es posible hablar del arte de la guerra en los tiempos antiguos, y menos en el imperio romano, sin conocer el entrenamiento, disciplina y organización de los ejércitos, la técnica en los asedios, la ciencia militar de los comandantes, la estrategia e iniciativa en las batallas, el desarrollo histórico de las diversas armas, el poderío naval, las condiciones de servicio y tantos otros tópicos...

En nuestro caso, tratándose de Roma, conquistadora del mundo, comenzaremos por asistir a un combate donde se verán las legiones en su medio para observar el valor de cada hombre en acción y presenciar uno de tantos triunfos resonantes del mayor genio militar de Roma.

Ello nos llevará —en otra oportunidad— a retroceder a los comienzos de la historia romana, cuando eran tropas primitivas, que debían pasar aun por un se-

vero período de reformas, de avances y sabiduría en todas las armas —infantes, artilleros, y jinetes—, hasta culminar en las celebérrimas legiones que tanto ha alabado el universo. Este será el tema de posteriores artículos.

I

Muerto Marco Licinio Craso (53 a.C.), Cneo Pompeyo —suegro de Julio César— era el único obstáculo que se interponía ante éste para llegar al poder. El senado, horrorizado por los desórdenes que se presentaron a raíz de la muerte del líder popular Publio Clodio (52 a.C.), había nombrado a Pompeyo cónsul único. Con esto creíase suficientemente fuerte, y así ordenó a César que entrara en Roma desarmado, como un simple ciudadano, cuando este acababa de conquistar las Galias y tenía el respaldo de sus legiones vencedoras...



Legionario romano de los tiempos del César

César respondió que lo haría si ambos —Pompeyo y él— renunciaban al poder al mismo tiempo o si no que se le dejara todavía como Gobernador, sin tener que licenciar las tropas, hasta los próximos comicios, en que presentaría su propia candidatura para cónsul. La respuesta del senado fue una declaración de emergencia nacional, asegurando a Pompeyo un poder ilimitado contra César (12 de diciembre del año 50 a.C.). Era un desafío demasiado provocador —así lo consideró César— como para que no reaccionara inmediatamente. Se calmó un instante. Cenó tranquilamente con su estado mayor. Reflexionó esa noche. Al amanecer ya tenía resuelto su futuro. El Rubicón era un riachuelo que dividía su provincia cisalpina del

resto de Italia. Cruzarlo en armas era declararse en rebelión contra el gobierno central. Una de las características del genio militar de César era la rapidez en sus decisiones (caesariana celeritas), cuando él veía lo que se debía hacer. Ordenó, pues, a sus tropas pasar el río y avanzar hacia Roma. Era el comienzo de la guerra civil que duraría 5 años (49-45 a.C.).

Pompeyo, sorprendido por la noticia que no esperaba del avance de César, huyó precipitadamente a Grecia, mientras que el rebelde general se apoderó de Italia y, poco después, derrotaba las fuerzas del gobierno en Hispania y ocupaba a Marsella sublevada, se enfrentó a Pompeyo en Dirraquio donde fue derrotado por éste, mas trasladó la guerra a los Balcanes a donde había marchado el cónsul, hasta llegar a la batalla decisiva de Farsalia. Aquí los jóvenes aristócratas romanos del gobierno no pudieron hacer frente a los curtidos legionarios de Julio César.

Es esta precisamente la batalla que vamos a describir basándonos en las memorias del propio caudillo insurrecto, casi con sus propias palabras.

Porque César, hechas sus provisiones, reanimó a sus soldados. Estos daban al parecer pruebas suficientes de haber recobrado el brío después de los sucesos adversos de Dirraquio. Mas quiso tentar las intenciones y proyectos de Pompeyo en el combate. Sacó por ello a campaña su ejército y lo dispuso en orden de batalla, primero en su propio terreno y un poco alejado de los reales de Pompeyo. En los días siguientes continuó acercándose hasta tocar con su vanguardia



Soldado de armadura ligera

las colinas en que acampaban los pompeyanos. Con esto lograba infundir mayor coraje a sus tropas, pero guardando siempre la táctica que había ordenado a la caballería, que era muy inferior en número. César seleccionaba de las primeras filas de infantería los soldados mozos más ágiles y resueltos, y como adiestramiento les mandaba combatir entre los de a caballo para acostumbrarlos a ese ejercicio. El buen resultado se logró cuando, llegado el caso, los mil hombres de a caballo se trabaron con los siete mil pompeyanos, sin asustarse por la muchedumbre. Pompeyo por su parte, que acampaba en la cumbre, tenía organizada su gente al pie de la montaña, y observaba los movimientos del enemigo.

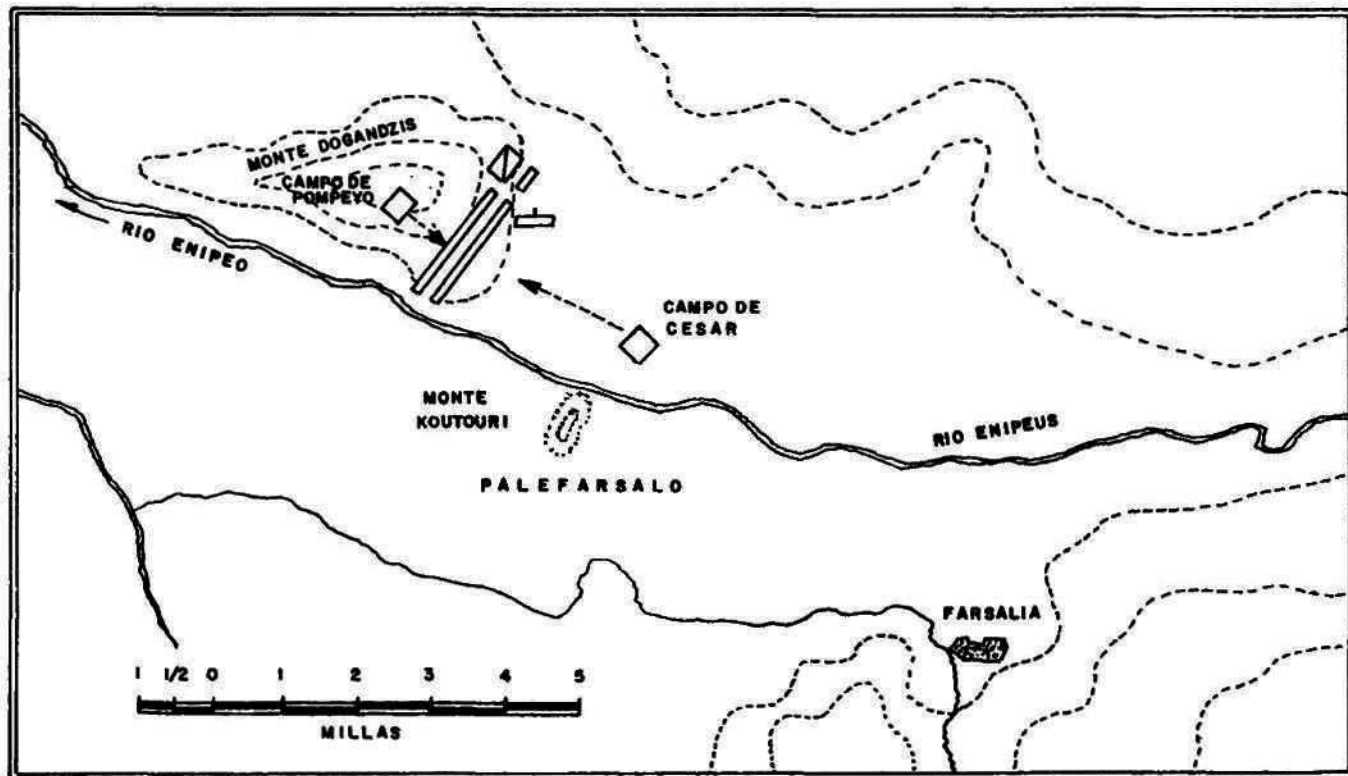
Convencido César de que Pompeyo no se arriesgaría a dar la

batalla, creyó lo más oportuno mover sus tropas de ese lugar y andar siempre en movimiento, como solía con estos legionarios en las Galias, para buscar provisiones y hallar quizás un sitio más apropiado, caso que Pompeyo se resolviera a venir a las manos. O lograría por lo menos, con esas marchas y contramarchas, fatigar al ejército enemigo poco acostumbrado a semejante trabajo.

Pompeyo, en efecto, se apartó de las trincheras peligrosamente. Fue entonces cuando César arregó a sus legionarios de la vanguardia: "Aquí es preciso suspender la marcha y disponernos para el combate que tanto hemos deseado: ¡ánimo! ¡a la pelea! que quizás no hallaremos otra ocasión como esta". Y sacó fuera las tropas sin más impedimento que sus armas.

Pompeyo igualmente, a instancia de los suyos, se dispuso a la lucha, con la consigna decisiva de que "antes de entrar en batalla, ya César estaría derrotado". La táctica que emplearían allí los de a caballo sería que, cuando estuvieran ya cerca al enemigo, desfilarían hacia el ala derecha y la acometerían por el flanco abierto, a fin de que rodeado por la espalda quedara sorprendido y abatido el ejército de César antes de que éste lanzara la primera jabalina. Así, sin riesgo de las legiones y sin derramamiento de sangre, se pondría fin a la guerra, por el ataque de la caballería.

César, con todo, al acercarse a los reales de Pompeyo, reparó que el ejército contrario estaba ordenado en esta forma: en el



LA BATALLA DE FARSALIA

flanco izquierdo se alineaban las dos legiones (I y II) que habían combatido con César en las Galias y que, al principio de las desavenencias, había cedido a Pompeyo, por orden del Senado. Este puesto lo ocupaba Pompeyo; Escipión comandaba el centro con las legiones de Siria; en el ala derecha se enfilaban las de Cilicia y las cohortes españolas —las tropas mejores— al mando de Afranio. Eran ciento diez cohortes: ¡cuarenta y cinco mil combatientes! Dos mil veteranos voluntarios. ¡Siete mil caballos! Siete cohortes hacían la guardia del campamento. El flanco derecho estaba protegido por las escarpadas márgenes del río Enipeo de escaso caudal. Por eso cubrió la izquierda con la caballería además de protegerlo con una cuadrilla de ballesteros y honderos.

La legión X, la más célebre y valiente de todas, la colocó César en el flanco derecho en una colina. Debía mantenerse libre para cualquier emergencia. La IX, muy disminuida por el reciente golpe de Dirraquio, debía ocupar la izquierda donde el riachuelo ofrecía suficiente cobertura; y estrechamente unida a ella la VIII, como haciendo de las dos una férrea masa compacta, para que se protegiesen mutuamente. Las otras quedaron dispuestas en intervalos normales; de ellas César se podía fiar. Ochenta cohortes en total: ¡veintidós mil soldados, frente a los cuarenta y cinco mil pompeyanos! Mil de a caballo solamente! Para custodiar el campamento no quedaban sino dos cohortes.



Arquero

Antonio comandaba el ala izquierda, Publio Sila la derecha, Cneo Domicio el centro, y César frente por frente de Pompeyo...

Mas echando de ver la inferioridad numérica de los suyos de a caballo, y temiendo no fuese atropellado el flanco derecho por la poderosa caballería contraria, cruzó como un relámpago por la mente de César una idea formidable de infalible ejecución. A la cabeza de la larga fila de corceles trepidantes divisó al comandante: era Labierno, su antiguo lugarteniente en las Galias, el viejo amigo de confianza, pasado ahora a las fuerzas del gobierno. César adivinó la táctica: se lanzaría contra la caballería cesariana y una vez rechazada esta, tornarian de flanco y de espalda a la X legión destruyendo todo el frente por detrás.

Pues bien, no sería así. Con atrevida rapidez entresacó de cada legión de la tercera línea una cohorte, la primera. Eran seis, con las que formó un cuarto escuadrón, que se colocaría detrás de la caballería cesariana. Descubrió el fin que pretendía y cómo en ellos quedaba cifrada la victoria. Sus yelmos eran lo bastante gruesos y duros para sostener ataques inclusive de fuerzas superiores. Y que nadie se moviera sin la orden expresa del general.

En el campo enemigo todo estaba en movimiento. Todo el frente estaba ocupado. Las columnas se unían a las columnas, rellenando hasta las últimas grietas, formando una gigantesca muralla impenetrable. La caballería, en apretados escuadrones había tomado posición desafiante cerca del lugar donde se encontraba Pompeyo. Hombres y caballos unidos.

César exhortó a las tropas, a la manera militar como él sabía. Y, a instancias de los soldados que ardían en deseos de combatir, dio con la bocina la señal: ¡Roma contra Roma!

Entre los dos campos mediaba el espacio suficiente para atacarse los dos ejércitos. Con los oficiales al frente, la primera y segunda línea de batalla de los cesarianos se lanzaron a la carga; con la lanza dispuesta a ser arrojada se precipitaron por el declive de la colina contra el adversario.

Mas éstos no se movieron. Así lo había ordenado astutamente el capitán. Los de César, de seguir tras el primer ímpetu, hubiesen llegado sin aliento y sin fuerzas del cansancio. Mas advirtiendo que no se movía el enemigo que aguardaba descansado, pararon por sí mismos en mitad de la carrera, y tomando aliento por un breve rato, echaron de nuevo a correr, y ya de cerca una descarga de lanzas se entrecruzó en el aire, sin que los pompeyanos deshicieran las filas, sosteniendo el ímpetu de los legionarios de César, para venir en seguida a la lucha cuerpo a cuerpo.

En ese instante, en el ala derecha de Pompeyo se produjo el primer movimiento de la caballería que salió a carrera abierta con Labierno, el renegado, a la cabeza. Temblaba el suelo con el

PRIMERA LINEA



SEGUNDA LINEA



TERCERA LINEA

estrépito de los cascos y el griterío indescifrable. Los yelmos de bronce centelleaban y las puntas de las largas lanzas se agitaban ansiosas de sangre. La cuadrilla de ballesteros se derramó al mismo tiempo donde quiera. A su furia no pudo resistir la caballería germana de César — como él lo tenía previsto—, sino que comenzó a perder terreno, volvió la espalda y huyó. Los jinetes pompeyanos la picaron más brevemente, abriéndose en columnas y atrapando en medio a los rebeldes por el flanco. Era el momento esperado por César. Estaba pálido, febril, con los ojos hundidos. Hizo la señal al cuarto escuadrón formado de intento de seis cohortes para este caso. El espacio entre los caballos disminuía. Las acciones se acercaban unas a otras describiendo círculos más o menos anchos alrededor de su puesto. Las cohortes de César avanzaron y a banderas desplegadas cargaron con ímpetu violento a los caballos pompeyanos, y sin parar, dando un giro, embistieron por la espalda al ala izquierda que todavía peleaba y se defendía en buen orden, y los acorralaron; las puntas de acero penetraron dentro de la masa de jinetes, la dividieron, la destrozaron, la deshicieron y sembraron tal pánico que ya ni uno solo hizo frente, sino que espantados huyeron a todo galope los sobrevivientes. En su precipitada fuga se dispersaron sin tino, chocando algunos con la infantería de César donde perecieron o llegando a los suyos sembraron el terror y la confusión por la llanura y por los montes. La gente de arco y honda

quedando al descubierto y sus armas inutilizadas, fue pasada a cuchillo.

Como había observado el flanco izquierdo de Pompeyo al descubierto y a las seis cohortes que se batían apoyadas por la caballería germana que, vueltas las grupas después de la fuga inicial, combatían ardorosas. César había efectuado la misma manobra envolvente que había planeado el adversario.

Pompeyo, ante la derrota de su caballería y de aquel cuerpo en quien más confiaba, desesperado de la victoria, se retiró del campo, dejó las últimas órdenes y huyó a Egipto...

César se apoderó de las reales del contrario, cercó el monte con trincheras. los vencidos trataron de acogerse en Larisa, para buscar agua. César, que lo entendió, dividió sus tropas, parte de las cuales dejó en el campo de Pompeyo, parte en el suyo, tomó cuatro legiones consigo y por un atajo marchó al encuentro de los pompeyanos que habían llegado al pie de un monte por donde pasaba un río. Cerró entre tanto la noche, y César esforzó más aún a sus soldados separando el río del monte con una esclusa para que no pudieran los fugitivos venir a coger agua en la oscuridad. Algunos senadores salieron de noche huyendo. Al amanecer ordenó César a los del monte que bajasen al llano y rindiesen las armas. Obedecieron sin réplica, y con las manos alzadas, postrados en tierra, le suplicaron la vida. El los consoló, los mandó levantar, y los perdonó a todos...